

# UN LECCION ETERNA

La Psicología nos enseña que cuando se llega al mundo de los valores, éstos se nos imponen por la misma fuerza de su valer. Pero para alcanzarlos es menester conocer el ambiente en que actúan, es preciso vislumbrar así los grandes como los mínimos aspectos en que se manifiestan.

Nosotros, estudiantes, hemos sido iniciados en el conocimiento de ese mundo de valores; gracias a la lectura constante hemos visto pasar a los maestros de la literatura española, símbolos eternos de valores estéticos, éticos y religiosos.

A su frente, encabezando la falange de heroicos caballeros, se adelanta el Cid, jinete en su Babieca, bravío y magnánimo.

Al detenernos junto a su figura comprendemos cuán ajustadas son las palabras de su máximo exégeta: "siempre nos mostrará los más seguros rumbos de la ambición personal hacia los ideales colectivos del grupo a que estamos ligados y dentro del cual nuestra breve vida, recibe un valor de eternidad".

Los fulgores de la espada del Cid se pierden tras la nube de polvo de su gloria y otro jinete avanza. Es el caballero del ensueño y la ilusión; es la materialización de ese mundo de imagerías y de idealidad que todos llevamos oculto y que él muestra a la luz, como arma poderosa de su triunfo. Don Quijote al decir de Ramiro de Maeztu, nos da una lección definitiva: "el amor sin la fuerza no puede mover nada, y para medir bien la propia fuerza nos hará falta ver las cosas como son".

Ya han pasado los guerreros de esta legión heroica, tras el estrépito de sus armas y la polvareda que levantan sus caballos, se acerca un grupo no menos combativo, que avanza con paso enérgico y mirada firme. Son los místicos que como dice Pfandl, no llevan en la mano la cruz sino su propio y ardiente corazón, rebosante de amor y caridad, para iluminar con él los oscuros senderos del desercimiento y de la poca fe. Santa Teresa y Fray Luis de León, realidad, acción y poesía, acaudillan esta pujante hueste que nos enseña como hemos de conservar y acrecentar nuestra fe.

Las huellas ligeras de los místicos se han borrado en el camino, pero nos queda el perfume de sus virtudes y la diafanidad de su obra.

Quien se acerca ahora a nosotros es el genio del teatro, el maravilloso pintor de la vida española: Lope de Vega.

Con su propio dolor habrá de mostrarnos la lección de los errores de su vida y su arrepentimiento final. La risa despreocupada de su juventud, se ha trocado en la amarga sonrisa del que sabe que ha equivocado el camino y únicamente le resta la noche para hacer el final de la jornada.

Su figura se aleja, otra se insinúa; es Calderón, el grave, el mesurado. Todo él nos invita a reflexionar y a ahondar en nuestro propio fondo. De este examen ha de surgir la claridad del pensamiento que todo lo ilumina.

Las siluetas se esfuman en la bruma del recuerdo, pero no están perdidas para nosotros; cada vez que

queremos vivir su drama, cada vez que ansiemos recordar sus grandes virtudes, los encontraremos en la realidad de sus obras, que son su pensamiento puro, su espíritu vivo.

El silencio que sigue a los acontecimientos grandes es propicio al recogimiento y la meditación.

Tras las acciones de todas esas grandes figuras, queda la estela invisible del valor que los eterniza.

Eternidad... Sólo tiene ese carácter lo que se ha desprendido de todo lo perecedero, de todo lo contingente para situarse en el mundo de lo incon-

movible, de lo inmutable.

La lección eterna que nos deja la literatura española, es una página bellísima que puede resumirse en esta palabra: fe.

Fe en nuestras posibilidades, fe para vencer los difíciles obstáculos del camino, fe para seguir nuestros ideales supremos, fe en la vida, fe en la tradición, en fin, fe en Dios, razón de nuestra existencia y anhelada fuente en la que ansiamos saciar nuestra sed de comprensión, de amor, de justicia.

**Aurora A. Velazco**

